



PRIMER ENCUENTRO CON LAS SUPERIORAS

Acompañantes en el camino de nuestras hermanas.

Al estilo de Jesús, recorriendo el camino

Queridas hermanas encontrarme con ustedes me produce profunda alegría y a la vez, respeto y admiración, pues son ustedes quienes han recibido la misión de ser custodios de la fe y vida de las hermanas. La superiora no está al frente de una comunidad, solamente para que juntas realicen una obra de apostolado, ni tampoco para que se siga un horario o para que se cumplan unas normas indicadas en las Constituciones. La superiora se encuentra al frente de la comunidad para ayudar a que todas juntas cumplan con la voluntad de Dios, siendo la superiora la primera en buscar conocer y cumplir esta voluntad de Dios. La persona llamada a ejercer la autoridad debe saber que sólo podrá hacerlo si ella emprende aquella peregrinación que lleva a buscar con intensidad y rectitud la voluntad de Dios.

Dicen nuestras Constituciones: N° 336 que “el servicio específico de la superiora es discernir la voluntad de Dios en orden a una dirección adecuada de las hermanas”.

El Gobierno General nos ha querido entregar como icono para este sexenio, el texto de los discípulos de Emaús, en esa petición que de corazón, los discípulos, le expresan a Jesús: *Quédate con nosotros*, pues sentían que el corazón ardía, al caminar junto a ese compañero de camino desconocido, y Jesús gustosamente entró y se quedó con ellos.

El encuentro con Jesús hizo arder los corazones de los discípulos, tanto, que ha cambiado su aspecto, su vida, su sentido de la marcha. Nosotras hoy tenemos una gran necesidad en el Instituto de redescubrir la dimensión del encuentro. Por encima de todo, el encuentro con Jesús que transforma nuestras vidas y tiene los cambios necesarios, para lograr verdaderos encuentros con otros.

Tenemos gran necesidad de dejarnos interpelar y poner a la escucha de unas y otras, de abrir el corazón a una transformación que sólo viene del encuentro transformante con Él para de esta manera reemprender el camino con una esperanza nueva.

Toda esta cultura del encuentro de la que nos habla el Papa Francisco y que nos invita a construir relaciones con los demás, a fomentar la unidad frente a la división y alcanzar el entendimiento entre las diferencias.

Sólo si releemos nuestra vida y misión desde este encuentro, desde ese dejar calentar nuestro corazón, mantendremos la verdadera alegría y la fortaleza en medio de la dificultad. Nosotras necesitamos dejar calentar nuestro corazón para luego poder ayudar a nuestras hermanas

En nuestras comunidades, tenemos mucha necesidad de escucha. Tenemos que preguntarnos si en nuestras comunidades hay participación, implicación, sentido de pertenencia. Y nosotras somos las primeras llamadas a acercarnos a las hermanas, escuchar sus sufrimientos, pobreza, dudas; también de confrontar e interrogar. El servicio de la autoridad que nos fue confiado trae consigo un compromiso de centrarse en la profecía de la fraternidad, compromiso generador de la caridad.

Requiere que estemos atentas a la vida de las hermanas, escuchemos sus historias, aceptando su diversidad, y hacer el camino con ellas.

Necesitamos descubrir y ayudarlas a redescubrir sus dones y potencialidades, su sabiduría escondida y lanzarlas a ponerse al servicio de los demás.

Es importante preguntarnos si realmente nos unimos en torno a la misma mesa sin prisas. Tenemos que encontrar maneras de recuperar la fraternidad, la escucha empática, el intercambio, el acompañamiento. Los detalles de servir a la hermana, de esperarla con gusto, de acoger a otra en su llegada. Dejar que la mesa de Cristo sea nuestro estilo, con el fin de ser personas y comunidades, donde se llega para calentar el corazón. La mesa donde se comparte el pan, y también la mesa eucarística que nos une en la oración y en la vida sacramental que, tristemente se nos va diluyendo. En la mesa de la Palabra y el Pan, aprendemos a reconocer que el Señor nos habla y nos transforma.

Que todas podamos sentir la alegría de estar juntas y volver a la comunidad

Aprendamos nosotras la gratuidad y la gratitud, aprendamos a lavarnos los pies mutuamente, a nutrirnos del pan de la vida y de la fraternidad. Convirtamos nuestras comunidades en lugares verdaderamente acogedores, también en medio de las contracciones. Tenemos necesidad de encontrarnos y ofrecer compañía, valorando la diversidad y apuntando a lo esencial, a las relaciones humanas, a la calidad de vida y solidaridad. Todas necesitamos de la comunidad, aun la comunidad más frágil y limitada es siempre fuente de nuevo impulso y entusiasmo. Siempre que sepamos acogernos en torno a la Palabra y partir el pan juntas.

Para Dios la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; significa entrar en la lógica de Jesús, que se inclina para lavar los pies de los Apóstoles.

Sabemos que Jesús camina con nosotras, por eso podemos mirar con confianza al futuro. Nos sentimos alcanzadas por su llamada, experimentamos la gracia de la consagración, la alegría y el consuelo de sabernos llevadas en la palma de Su mano. Por eso no podemos estar tristes y desanimadas. Al contrario compartir con las otras la experiencia Emaús: “¿Acaso no ardía nuestro corazón cuando íbamos de camino y Él nos explicaba las escrituras?”

Preguntémonos:

- ¿Cómo está nuestro corazón y nuestra mirada al comenzar este camino delegacional y desde el servicio que debemos prestar?
- ¿Cuáles son nuestros desalientos y preocupaciones, interrogantes y dificultades?
- ¿Cuáles son nuestras esperanzas e ilusiones?
- ¿Qué nos hace arder el corazón?

Dora Luz Jaramillo Alzate

